



Gran Teatro del Liceo

Dirección Artística y Empresa
Juan Mestres Calvet

ARGUMENTO

Temporada 1929-1930

ESTA OBRA NO
SE PRESTA

Depósito
de cortes
de traje y
abrigo de
las prin-
cipales
fábricas
inglesas

Pañería Inglesa

Rambla Centro, 5 (frente Teatro Liceo)

40.º de propiedad y abono

A las 9 en punto

La ópera en cuatro actos, del maestro VERDI,

AIDA

R.11279A

Maestro director:
Alfredo Padovani

Dirección escénica:
F. Dadó

REPARTO:

<i>Aida</i>	<i>Sra.</i> CAMPINA
<i>Amneris</i>	" CASTAGNA
<i>Radamés</i>	<i>Sr.</i> LINDI
<i>Ammonastro</i>	" GRANDINI
<i>Ramphis</i>	" VELA
<i>Il Ré</i>	" FIGORE
<i>Messagero</i>	" GALLOFRE

Coro general - Cuerpo de baile

En el acto 2.º, cuadro 2.º, DANZA EGIPCIA.

PRIMERA PAREJA DE BAILE

OLGA ORLOVA y CARMEN SALAZAR

Sras. Y. Blotzkaya, H. Trutoovskaya

Sres. Kochanovsky, Magriñá, Pelneu y Stark

Maestro del baile: T. WASSILEW

Maestro del baile: P. PAMIAS

Maestro del coro: A. CAPDEVILA



ARGUMENTO

ACTO PRIMERO

El Gran Sacerdote Ramphis hace saber a Radamés que los etíopes han invadido los valles del Nilo y se preparan para hacer lo propio con la ciudad de Tebas, y que, habiéndolo consultado con la diosa Iris, ha nombrado ya el jefe que debe guiar las falanges egipcias y el cual va a exponer al Rey. Radamés queda turbado y pensativo ante la idea de realizar su sueño dorado, conseguir el aplauso de Menfis entero, y volver a la presencia de Aida ceñido de laureles, y decirle que por ella ha peleado y vencido.

Preséntase Amneris, hija del Rey Faraón, la cual ama apasionadamente a Radamés. Éste le dice que estaba deleitándose con el recuerdo de un sueño venturoso, por haber proferido la diosa el nombre del caudillo que deberá guiar al combate a las huestes egipcias, considerándose él muy dichoso si tal honor le hubiese cabido. Amneris hace un aparte de amenaza contra él si ama a mujer alguna que no sea ella. En tales momentos llega Aida, quien, al ver a Radamés, no puede menos que turbarse, por lo que Amneris deduce que Aida es su rival.

El Rey ordena que entre el mensajero, el cual dice que los etíopes

han devastado los campos y arrasado las mieses, y que orgullosos por su fácil victoria, se encaminan a Tebas, acudillados por el feroz guerrero Amonasro.

El Rey nombra caudillo de las tropas a Radamés, que recibe de manos de Amneris la bandera que ha de servirle de guía en el camino de la gloria.

ACTO SEGUNDO

Amneris, rodeada de las esclavas que la visten, contempla a los esclavos moros que bailan. Aida entra, y a una seña de Amneris todos los allí presentes se alejan; ésta, con fingido cariño, le brinda amistad y le dice que a su lado nada le faltará que pueda hacerla dichosa, a lo cual responde Aida que no puede ser feliz lejos de su país natal e ignorando la suerte de su padre y hermanos; mas Amneris, queriendo saber si Aida ama a Radamés, le dice que el tiempo sanará las heridas de su corazón, y más que el tiempo un dios poderoso, el Amor. Amneris, mirando fijamente a Aida dice que si entre los valientes que han combatido contra su patria había alguno por quien sintiera tierno afecto puede aun lograr sus anhelos. El caudillo Radamés fué muerto en el campo de batalla. Aida, al oír tan tremenda noticia, revela a Amneris la pasión que por ese hombre siente. Entonces Amneris le dice que Radamés vive y

que la ha engañado para saber la verdad; mas, ahora que sabe que la ama, que tiemble de su furia.

Entra el Rey acompañado de los ministros, sacerdotes, oficiales, etc., Amneris, Aida y esclavas. Las tropas egipcias desfilan delante el Rey. Siguen los carros de guerra, las enseñas, etc., y, por último, Radamés bajo un dosel llevado por doce oficiales.

El Rey desciende del trono para abrazar a Radamés, y le dice que le pida lo que quiera, pues nada le negará; a lo que éste contesta que permita le sean presentados los prisioneros. Entran todos, y entre ellos Amonastro en traje de oficial. Aida, al ver a su padre, corre a abrazarse a él, mientras que los demás quedan sorprendidos por tan inesperado suceso.

El Rey pregunta a Amonastro que quién es, a lo que contesta que el padre de Aida, y que habiendo combatido por su patria y su rey en balde ha buscado la muerte.

El pueblo y los demás imploran la clemencia de su señor para los prisioneros, menos los sacerdotes, que quieren se destruyan esas turbas feroces. Radamés, viendo sufrir a Aida, solicita del Rey la libertad de todos los prisioneros etíopes. El Rey accede a la petición de Radamés y además le concede la mano de su hija Amneris.

ACTO TERCERO

Aida recuerda las delicias de su país natal, el que, sin duda, no verá más, y se promete arrojarse a las profundidades del Nilo si Radamés se casa con Amneris.

Preséntase Amonasro, quien dice a su hija que nada se le oculta; ama a Radamés y es correspondida; que tiene por rival a Amneris, pero si ella quiere podría vencer a su enemiga. El pueblo entero se levanta nuevamente en armas asegurándose la victoria, pero sólo falta saber el camino que seguirá el enemigo, a lo que pregunta a Aida que quién podrá indicarlo. Amonasro dice que, puesto que Radamés la ama y debe llegar dentro de un momento, nada más fácil que preguntárselo ella misma, lo que él no le ocultará. Aida rechaza horrorizada tal proposición, mas accede por fin; Amonasro ocúltase entre la espesura de las selvas, llegando Radamés, quien, más enamorado que nunca, corre a arrojarse en brazos de Aida. Sostienen animado coloquio y ésta propone la fuga, lo que Radamés rehusa al principio, mas viendo la insistencia y ruegos de Aida accede; mas de improviso ésta detiénese preguntándole por qué lado evitarán el encuentro de las tropas, a lo que Radamés dice que el elegido por los suyos estará libre hasta mañana y es el de las gargantas del Nápata.



Amonasro, en aquel momento sale de donde estuviere oculto y dice que en tal sitio estarán los suyos y que le derrotará.

Radamés queda perplejo preguntándole que quién es; Amonasro contesta que el rey de los etíopes; Radamés no sabe si es sueño o realidad lo que le sucede y entre Amonasro y Aida procuran tranquilizarle diciéndole que huyan al otro lado del Nilo, donde les esperan sus amigos y que el amor de Aida le levantará un solio; arrastrado por el dolor se dispone a seguirlos, cuando de improviso aparece Amneris, la que le llama traidor; Amonasro quiere lanzarse sobre ella puñal en mano, mas Radamés se lo impide, el cual entrega su espada a Ramphis mientras Aida y Amonasro huyen.

ACTO CUARTO

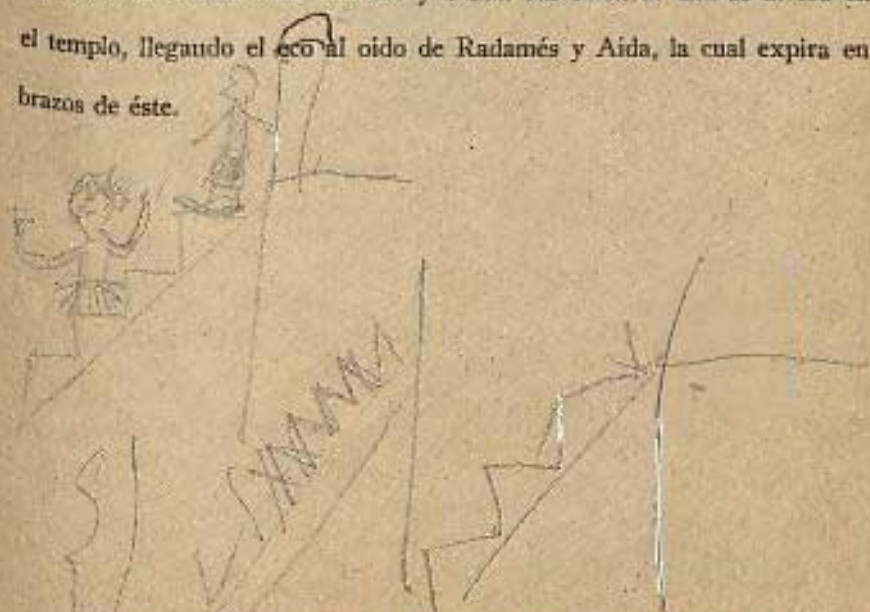
Amneris llama a la guardia para que conduzcan ante su presencia a Radamés; entra éste y Amneris le dice que la terrible muerte le espera, y que para salvarse se disculpe y ella implorará del Rey el perdón.

Radamés dice que no quiere disculparse y que prefiere morir antes que vivir infamado y sin el amor de Aida.

Amneris le notifica que en la desesperada resistencia que hicieron los fugitivos sólo murió el padre y que no se sabe dónde se ha escondido Aida.

Aparecen los sacerdotes que vienen a juzgar a Radamés, bajan al subterráneo y oyense las acusaciones de éstos y el silencio de Radamés. Amneris da grandes gritos de angustia. Aparecen nuevamente los sacerdotes, quiénes han decretado la muerte de Radamés. Amneris los insulta diciéndoles que la venganza del cielo caerá sobre sus cabezas por haber decretado la muerte de un ser inocente.

Radamés está en el subterráneo en las gradas de la escalera por la cual ha descendido; en lo alto de la escalera dos sacerdotes cierran con una losa la entrada del subterráneo. Radamés oye el suspiro de Aida, que había procurado introducirse en aquella tumba. Los sacerdotes y sacerdotisas entonan sus cánticos y bailan sus místicas danzas arriba en el templo, llegando el eco al oído de Radamés y Aida, la cual expira en brazos de éste.



Este argumento se reparte gratuitamente



B. Dip. Almería

AL-782-AID-aid



1015575

